



No hace muchos dias que un periódico extranjero muy autorizado ha venido á revelar: que Mr. Wagner, ministro de Prusia cerca de la República, en sus informes oficiales á cierto gobierno europeo, ha aventurado la aseveracion de que la idea monárquica gana terreno á cada dia en el pueblo mexicano, y de que se manifiestan en el pais las mas vivas simpatías en favor de la intervencion francesa.

Semejante revelacion quizás ha pasado desapercibida á los ojos del Gobierno Supremo; la prensa nacional nada ha dicho sobre el particular, siendo, como es demasiado grave, á juzgar por las consecuencias que puede tener el dicho de un agente diplomático; pues lo general es que los gobiernos dan entero crédito á las relaciones de sus enviados, suponiéndolos, como deben ser, perspicaces en sus observaciones políticas y bien informados con respecto á los hechos que denuncian.

Los gobiernos europeos, pocas veces engañados por los sagaces y expertos ministros á quienes envian á las cortes de la misma Europa, hacen exten-

siva, por desgracia, su credibilidad, á los oscuros y miopes agentes que casi siempre, mandan á la América española y con particularidad á México, sin contar, como debian, con los cortos alcances de muchos de ellos, con su poquedad de inteligencia diplomática, con sus ruines pasiones de mercader ó con su total ignorancia de nuestras cosas.

Y á fé, que en esto, muy escasos andan, en criterio, esos gobiernos, pues debian buscar la razon del ascenso que merecen sus enviados, en la eleccion que de ellos hacen.

Sucedé y las mas veces, que un gabinete europeo escoje para representarlo en México, á un pobre y mezquino cónsul, que ha pasado toda su vida registrando defunciones, matrimonios y partidas de comercio en Argel ó en la Martinica, ó bien á un escribiente de una oficina subalterna, ó á un noble sin camisa, escapado de Clichy. Con tales precedentes, no es fácil poseer, de luego, esa profundidad de cálculo que hace de un diplomático un augur, ni esa probidad que lo muestra como un caballero, ni ese conocimiento local, que le familiariza con el pais en que está acreditado.

Por otra parte, absurdo sería suponer que por el mero hecho de tener un diploma que han espedido con mano torpe el favoritismo, la beneficencia ó la vanidad importunada, se deba creer al que lo recibe, revestido de la respetabilidad que solo dan el talento, el saber y la práctica honrada de los negocios.

De ser así, confundiríamos néciamente en una misma línea á Santos Alvarez y al conde de Reus con Sorela y con Pacheco, y á Sir Charles Wyke con Mr. Wagner, y adios buen sentido entonces.

Por raro que esto parezca, tenemos el pesar de saber que algunos gobiernos europeos son víctimas de esta confusion, puesto que así dan crédito á las

monstruosas relaciones de sus enviados. Entiéndase que no me atrevo á calificar del mismo modo á todos los ministros extranjeros; ni sería razonable, conociendo, como conocen mis compatriotas todos, la nobleza de sentimientos y la circunspeccion con que se han conducido, en otro tiempo, el Sr. D. Miguel de los Santos Alvarez y los Sres. Prim y Wyke en estos últimos dias.

Pero lo regular es, que los ministros europeos desde que llegan á Veracruz, se constituyen nuestros tiranos, nuestros espías ó los gefes de las conspiraciones conservadoras. Por no dejar, hasta D. Joaquin Francisco Pacheco, hábil jurisconsulto y no infeliz diplomático otras veces, segun se cuenta, no hizo mas que pisar el suelo mexicano, cuando se trasfiguró, eclipsóse su talento, aun se entregó al feo vicio de escribir impresiones de viaje falsas, y se vió por último, enredado en un dédalo de intrigas del que no logró salir, sino dejando en la República una memoria grotesca, y yendo á sucumbir en el senado español á los golpes de maza que le descargara Calderon Collantes.

Pero prescindiendo de la cuestion sobre la aptitud ó ineptitud de esos personajes, lo cierto, lo que presenciarnos es: que mas apasionados y maliciosos todavía que torpes, algunos ministros europeos, no vienen á nuestra República mas que á fomentar con su influencia nuestros odios intestinos, á deturpar de un modo inícuo á nuestro pueblo, y todo por favorecer bastardas miras, ó por hacerse interesantes para con sus gobiernos y aun para con los extraños.

Tarde ó temprano se ha encontrado esta explicacion siempre. El vizconde de Gabriac que no tenia repugnancia en vender él mismo las lechugas y las zanahorias que cultivaba en el palacio de la Legacion, que no tenia vergüenza de obsequiar con té

claro á los concurrentes de sus bailes, deshonrando así las magnificencias del imperio frances, encompadraba con Santa-Anna, y favorecia á Miramon por *hacer su negocio*.

Monseñor Clementi, el nuncio inútil que nos envió la corte de Roma, apoyaba á los frailes, porque era muy natural: él tambien participaba del opíparo banquete que por tanto tiempo, se dió el clero en nuestra pobre patria. Además, las indulgencias, la concesion de oratorios, la absolucion de enormes pecados reservados al papa, todo esto era una renta pingüe para el pobre monseñor, cuya persona vino oliendo á simonía de á legua.

El desventurado Sr. Pacheco trabajaba por la reaccion moribunda, porque creia tener mucho talento diplomático, y con solo eso pensó inclinar de su lado la balanza nacional, para despues ir á preconizar á España aquel prodigio de cálculo y de intriga. Verdad es, que tambien andaban en eso algunos prometimientos sobre la deuda española.

Mr. de Saligny, el digno Mr. de Saligny, nos ha conducido hasta esta situacion, porque todo el mundo sabe que no es estraño á los honrados deseos de Jecker. Esto es evidente. Todos sus afanes tendian á hacer reconocer por el Gobierno Constitucional, los créditos contraidos por los rebeldes reaccionarios de México, á fin de que esto importase el triunfo ruinoso de aquel agiotista. Esto procuraba ya por las condiciones que propuso en la convencion rechazada en Marzo del año pasado, ya en sus reclamaciones subsecuentes, ya en fin, en todos sus hechos, y esto desea todavía, como el punto objetivo de la guerra actual.

Verdad es que en las mismas Tullerías hay quienes le sugieran esta conducta porque tampoco son estraños á este bellissimo negocio, por mas que Mr.

Billault, se enoje de que la Europa lo sepa y diga que se calumnia.

Se ha visto, pues, por las razones indicadas ligeramente, porque estenderme mas no es de mi propósito: que la conducta hostil que esos ministros extranjeros han guardado respecto de México, ha tenido una causa óbvia en su sórdida ambicion personal, en su afan de volver á Europa con algo mas que sus apolillados títulos de nobleza. Pero, ¿cómo explicarnos hoy la que observa Mr. Wagner? ¿Acaso él tambien.....?

No queremos creerlo. Es preferible suponer, que contagiado por el ejemplo de Saligny y quizás deseando hacer por su cuenta algun ruido para atraer sobre su modesta figura diplomática la atencion europea, y no encontrando coyuntura para ello, pues nuestros negocios con la Prusia reducidos á recibir de esta nacion alguna cerveza y baratijas insignificantes, no le ofrecian el campo que su ansiedad deseara, ha creido encontrarlo por fin, con motivo de haber sido puestos bajo su proteccion por algunos dias, los súbditos ingleses y españoles, y en la actualidad los franceses.

Esta es una suposicion ahora: el tiempo nos ha de descubrir el verdadero móvil de su hostilidad.

Porque ella se manifiesta de mil modos, porque Mr. Wagner no vacila en apelar á la calumnia, á la fábula, á la miseria de los maldicientes vulgares. Poco le importa que en México se le desmienta, con tal de que en Francia se le aplauda.

Si observamos su manejo desde que comenzó nuestro conflicto internacional, le veremos: primero, dirigir notas y mas notas á nuestro Gobierno, redactadas en estilo altisonante, ya exigiendo se esceptuasen á todos los extranjeros puestos bajo su cuidado, de ciertos impuestos; ya apoyando las re-